

prudencia, ó en el justo temor de perder la buena opinion de nuestros semejantes.

En el language ordinario nada es mas comun que el confundir la prudencia con el artificio, y el ardid con el arte por lo comun vituperable de conseguir el hombre sus fines. La verdadera prudencia es la eleccion de los medios necesarios para ser felices en el mundo. Ulises era un engañador, y no un hombre considerado y prudente.

CAPITULO XIII.

De la Fortaleza, de la Grandeza de alma, de la Paciencia.

Los moralistas, tanto antiguos como modernos, han numerado entre las virtudes á la *fortaleza*. Los unos han designado con este nombre el valor guerrero ó la intrepidez que menosprecia los peligros y la muerte, cuando se trata de los intereses de la patria. Esta cualidad es sin duda útil y necesaria; por consecuencia es una virtud, siempre que tiene verdaderamente por objeto la justicia, la conservacion de los derechos de la sociedad y la defensa de la felicidad pública. Mas la fortaleza deja de ser virtud cuando no tiene por base la justicia, cuando nos hace violar los derechos de los hombres, cuando sirve á la injusticia. El valor ó la fortaleza de un Romano, que vemos cali-

ficada de virtud por escelerencia, era un verdadero atentado contra los derechos mas sagrados de todos los pueblos de la tierra. En este sentido ha dicho con razon un célebre escritor, que *el valor no es virtud, sino una dichosa cualidad comun á los malos y á los hombres grandes* (1). Caton ha dicho en el propio sentido que *hay mucha diferencia entre apreciar la virtud y menospreciar la vida* (2).

La fortaleza es, segun los Estoicos, la virtud que combate por la justicia. De donde se deduce que la fortaleza no es en manera alguna la virtud de los conquistadores y de tantos héroes célebres en la historia. La fortaleza de un hombre de bien es el vigor del alma confirmada en el amor de sus deberes, é inviolablemente asida á la virtud: es una disposicion habitual y meditada á defender los derechos de la sociedad, y á sacrificar por esta los mas caros intereses. Las almas dominadas del amor del bien público, son capaces de un feliz entusiasmo, de una pasion tan fuerte, que las enajena hasta olvidarse de sí mismas: los corazones inflamados del deseo de gloria, solo ven este

(1) M. de Voltaire.

(2) Plutarco en la vida de Pelopidas. — No tires de la espada, dice Phocylides, para matar, sino para defender. Phocylides, Carm. 29. Plutarco en la vida del mismo Pelopidas hace mencion de un epitafio sentencioso compuesto en honor de algunos Lacedemonios que habian perecido en un combate: *Estos, dice, han muerto, persuadidos de que la felicidad no consiste ni en vivir ni en morir, sino en vivir y morir con gloria.*

grande objeto, y se sacrifican por obtenerle: el temor de la ignominia suele poder mas que el de la muerte. Estas disposiciones se hacen habituales con el ejemplo y la opinion pública, las cuales, estimulando de continuo á los hombres dotados de una imaginacion ardiente, los impelen á ciertas acciones que muchas veces parecen sobrenaturales.

En una sociedad no todos sus miembros son capaces de este ardor laudable, y esta grandeza de alma que medita: el valor militar no es en un gran número de soldados sino efecto de la imprudencia, de la inconsideracion, de la temeridad ó de la rutina. Las ideas de bien público, de justicia, de patria, son nulas en muchos guerreros, porque no se acostumbran á reflexionar sobre estos objetos, demasiado grandes y serios para los espíritus superficiales: ellos combaten ya por el temor del castigo, ya por el de quedar deshonorados á los ojos de sus camaradas, cuyo ejemplo los incita y estimula.

El valor guerrero no es igualmente necesario á todos los miembros de una sociedad; mas la firmeza y el valor de ánimo son cualidades muy útiles en todos los estados de la vida. La fortaleza moral es una disposicion útil y ventajosa á nosotros mismos, y á los otros; y de ella nacen la *constancia*, la *firmeza*, la *grandeza de alma*, y la *paciencia*. La templanza, como hemos visto, supone la fortaleza para resistir á nuestras pasiones, y para refrenar los im-

pulsos de nuestros deseos desarreglados. La fortaleza es necesaria para perseverar en la virtud, la cual, en mil circunstancias, parece contraria á nuestros intereses momentáneos.

La fortaleza, la constancia, la firmeza, serán siempre miradas como disposiciones ó cualidades laudables en los entes de nuestra especie. Aun las mugeres mismas aborrecen á los cobardes, porque necesitan de protectores que las defiendan. La fortaleza de ánimo es admirada, cuando produce grandes sacrificios; nosotros solamente amamos á los hombres con cuya constancia y firmeza sabemos que podemos contar. Por la misma razon, la pusilanimidad, la flaqueza, y la inconstancia nos desagradan, y solo queremos tratar con aquellos en quienes suponemos un caracter sólido, capaz de resistir á las seducciones momentáneas que á otros suelen desviarlos del fin y objeto que se proponen.

Los hombres aprecian tanto la fortaleza, que la admiran aun en el crimen mismo; esta es la causa, como hemos dicho antes, de la admiracion que á los pueblos causan los destructores del género humano. En general, todo lo que anuncia un gran vigor, una gran firmeza, una grande obstinacion, admira y parece sobrenatural al vulgo, como incapaz de semejantes cualidades. He aqui ciertamente el principio de la veneracion que producen en el mismo vulgo las grandes austeridades, los géneros estraordi-

narios de vida, y las singularidades con que los fanáticos é impostores se grangean á veces el respeto. En una palabra, todo lo que anuncia fortaleza, tanto en lo físico como en lo moral, siempre causa admiracion. *Los hombres, dice Montaigne, nada tienen por útil si no es dificultoso; la facilidad les parece sospechosa.* Esta es la razon porque se hacen admirables muchas veces ciertos actos de fuerza y de valor, que no prueban virtud alguna: tales son tambien los fundamentos de la veneracion que los antiguos y los modernos han tributado á la moral austera é insociable de los estoicos.

La fortaleza solamente es una virtud cuando es útil, ó cuando da consistencia á las demas virtudes. La fortaleza y la firmeza en las cosas de ninguna utilidad solo prueban una vanidad pueril; la firmeza en las cosas dañosas ó desagradables á los otros nace de un orgullo delincuente, y merece el odio y el desprecio. La verdadera fortaleza es la firmeza en el bien; la obstinacion es la firmeza en el mal. La terquedad, la aspereza de caracter, la dureza, un humor negro é indomable, la falta de indulgencia, una grosera descortesía, son vicios verdaderos, con los que ciertos hombres de limitado talento se imaginan á veces que se hacen apreciables; mas semejantes cualidades, tan dañosas y desagradables en el mundo, provienen regularmente de la presuncion y de la pequeñez. Rendirse á la razon, no resistir

nunca á la equidad ó á la sensibilidad de su corazon, observar y respetar las convenciones y usos fundados en razon, someter su amor propio al de los demas, todas son cualidades que nos hacen amables, y que manifiestan mas nobleza y valor que no una feroz inflexibilidad, ó que un necio orgullo. La verdadera fortaleza es aquella que nos hace inflexibles siempre que se trata de la virtud; para ser laudable, debe ir acompañada de una cierta timidez, que nos hace evitar cuidadosamente lo que puede desagradar á los otros, ofenderlos, y hacernos perder su estimacion y su aprecio. Esta timidez no solo es compatible con el valor, con la grandeza de alma, con la fortaleza, sino que es, como esta, la guardia de las virtudes (1).

La verdadera grandeza de alma supone la virtud; sin esta no es mas que una vana presuncion. La justa confianza que uno tiene de sus facultades es la que le anima á emprender grandes cosas, sin que le arredren ni detengan los obstáculos que para el comun de las gentes serian horrendos y espantosos. La grandeza de alma,

(1) Plutarco dice que « los mas cobardes y temerosos de las leyes, son regularmente los mas valientes é intrépidos contra los enemigos; y que aquellos que mas temen la mala reputacion, temen menos los dolores, las penurias y las heridas. Por esto tenia razon el que dijo que *donde está el temor, allí tambien está la vergüenza.* » Antes habia dicho que los Lacedemonios tenian capillas consagradas al temor, persuadidos de que el temor es el vínculo de toda buena policia. Plutarco, en la vida de Agis y de Cleome-
tes.

fundada en el conocimiento de su propia dignidad, hace al hombre virtuoso superior á las injurias, á las afrentas y á los dicterios que turbarian y serian mortales á tantos corazones pusilánimes. Segun Plutarco, los Espartanos, tan famosos por su valor, pedian á los dioses en sus súplicas *fortaleza para soportar las injurias*: la grandeza de alma las hace perdonar, y superior siempre á la envidia, á la maledicencia y á la calumnia, desprecia sus tiros impotentes, como incapaces de ofenderla, ó de turbar su serenidad inalterable. La grandeza de alma es franca é ingenua, porque fortificada con el conocimiento de su propio mérito, desconoce la necesidad de engañar y seducir con tramas y artificios; medios infames propios solo de la debilidad. La grandeza de alma es benéfica y generosa, porque es necesaria una grande energía para sacrificar sus intereses al interes de los otros.

La grandeza de alma presta á las acciones del hombre estrechamente unido á la virtud este vigor que se llama desinterés heroico. « Por ella, como dice Séneca, la mala opinion que los » hombres forman de nosotros nos produce un » placer, cuando estamos seguros de la bondad » y justicia de nuestras acciones ». La conciencia segura del hombre de bien le hace entonces superior á los juicios del público, y le indemniza de sus injusticias. Nunca el hombre virtuoso aparece mas grande á la vista del mundo

entero, como cuando sufre con valor las injusticias de la suerte; entonces parece que mide sus fuerzas con las del destino, y que lucha cuerpo á cuerpo con él. Séneca dice que « no » hay un espectáculo mas grandioso y sublime » para los dioses y para los mortales, que el » ver al hombre de bien peleando con la fortuna ». Mas este espectáculo (indigno ciertamente de los dioses, dueños y señores de la fortuna) es interesante y poderoso para los hombres, como espuestos todos á los reverses de la suerte.

La grandeza de alma ó la fortaleza produce la paciencia, cualidad que muchos pretendidos héroes miran como una prueba de pequeñez y de flaqueza. A los hombres les importa mucho fortificar sus almas, y prepararse de antemano á soportar tantos males como asedian por todas partes nuestra vida. ¿Que seria de una sociedad, si los que la componen no pudiesen sufrirse los unos á los otros? La paciencia es, pues, una virtud social que nos hace capaces de sufrir las desgracias de la fortuna, los defectos y las imperfecciones de los hombres, y las adversidades de la vida. Nada es mas necesario en las vicisitudes continuas á que estan sujetas las cosas humanas, que el estar preparado á sufrirlas con firmeza. *Es un gran mal*, dice Anacarsis, *el no poder sufrir mal alguno; y es menester sufrir para sufrir menos*. Así que el dejarse dominar de la impaciencia, el irritarse por todo lo que

nos es contrario, no es consolar sus penas, sino redoblarlas incesantemente, y enconar mas y mas las llagas que el tiempo podria curar. El hombre impaciente es muy desgraciado en la sociedad, la cual le da á cada paso tantos motivos de inquietud y de disgusto. El que no tiene paciencia es un hombre débil, cuyo bienestar depende de cualquiera que pretenda irritarle.

La paciencia es la madre de la indulgencia, tan necesaria, como pronto veremos, en todas las situaciones de la vida. La vanidad persuade á ciertos hombres, que su gloria consiste en no sufrir cosa alguna; mas la esperiencia diaria nos hace ver que el hombre afable y paciente interesa á todos, y que es mucho mas estimado que no aquel que se deja arrastrar de la cólera. Es muy esencial acostumbrar á la fogosa juventud á refrenar la impaciencia; á someterse á la necesidad, contra la cual es siempre inútil rebelarse, y á fortalecerla con anticipacion contra las adversidades, de que nadie puede jactarse que siempre estará libre.

En una palabra, la fortaleza es el apoyo de todas las demas virtudes. La fortaleza es necesaria en un mundo lleno de vicios; los hombres flacos y pusilánimes siempre andan vacilantes en el camino de la vida. Sin una audacia generosa no se hallaria quien tuviese valor de anunciar la verdad, la cual por lo comun solo halla enemigos implacables en los mismos que debieran amarla y seguirla.

CAPITULO XIV.

De la Veracidad.

SÓCRATES decia que la virtud y la verdad eran una misma cosa (1). En efecto, si la verdad, como así todo nos lo prueba, le es al hombre urgente y necesaria; si es de la mayor utilidad al género humano entero; si es el objeto de todas las investigaciones de los seres racionales, parece que los moralistas hubieran debido colocar la *veracidad* en el número de las virtudes sociales. Nosotros la definiremos, una disposicion habitual á manifestar á los hombres las cosas útiles y necesarias á su felicidad.

Esta virtud, como todas las demas, se deriva visiblemente de la justicia, pues que se funda en el pacto social que nos obliga á contribuir á la felicidad de nuestros semejantes, fin que no podemos conseguir sino asistiéndoles con nuestros consejos, con nuestras esperiencias y con nuestras luces. Todo hombre sociable es á los otros hombres deudor de la verdad, por la misma razon que les es deudor de sus au-

(1) Wollaston reduce todas las nociones del bien y del mal moral á las de la verdad y la mentira. Pero esta idea parece realmente mas sutil que verdadera. Séneca decia igualmente que *lo bueno está siempre unido á lo verdadero; porque si lo bueno no es verdadero, no será un bien, sino una apariencia de tal.* La verdad, dice Pindaro, es el fundamento de la virtud mas sublime.

xilios, á fin de adquirir el derecho de contar con los suyos.

El engañador se asemeja al monedero falso: el que rehusa comunicar á sus semejantes las verdades útiles á su felicidad, puede ser comparado al avaro, que de todos esconde y reserva sus tesoros. Los hombres en tanto aman la verdad en cuanto les es útil, mas cuando la consideran contraria á sus intereses dejan de apreciarla. Nuestros engaños y estravios provienen regularmente, de que fijamos la idea de utilidad en las cosas que nos son dañosas, y por consecuencia la idea de verdad en lo que falsamente juzgamos útil. Decir la verdad á los hombres, es manifestarles lo que real y constantemente es útil á su bienestar, y no aquello que solo es útil y conforme á sus preocupaciones.

Las verdades que se llaman *peligrosas*, son aquellas que se oponen á las preocupaciones públicas; mas estas verdades no por esto son menos útiles, puesto que los grandes males y calamidades de las naciones resultan de sus falsas ideas y de sus dañosas preocupaciones. Cualquiera que hubiese dicho en Roma que un pueblo conquistador no era mas que una cuadrilla de bandidos detestables, hubiera pasado por un insensato, y el ambicioso senado le habria castigado como á perturbador del público reposo y enemigo de la patria. Sin embargo, todo hombre virtuoso hubiera mirado á este

valiente y esforzado ciudadano como á un sabio, amigo de la paz, amigo del género humano, y amigo de los mismos Romanos, á quienes procuraba desengañar de las injustas y bárbaras preocupaciones de que eran víctimas.

Los magistrados de los Amycleos, fatigados de los falsos rumores que muchas veces habian amenazado á la capital de un sitio, prohibieron con pena de muerte el que jamas se hablase de esto. Los enemigos, aprovechándose de este silencio impuesto por la ley, vinieron de veras sobre la ciudad, la tomaron, y sus habitantes fueron pasados á cuchillo. No hubo un ciudadano tan generoso y esforzado que advirtiera á su patria del peligro á que se hallaba espuesta. Un Amycleo valeroso; habria sido culpable, si, menospreciando una ley tan estravagante, hubiese anunciado con esfuerzo y energía una verdad peligrosa, pero necesaria á la salud de todos sus conciudadanos?

La veracidad es virtud cuando descubre á los hombres lo que es necesario á su comodidad, á su conservacion y á su felicidad permanente; mas deja de ser útil, y aun llega á ser un mal, cuando les aflige sin provecho, ó perjudica sus intereses. Si anuncio de un modo inconsiderado á una madre tierna, sensible, y gravemente enferma, que su querido hijo está en peligro de muerte, cuando ella se encuentra imposibilitada de salvar sus dias, la digo una verdad inútil y dañosa; la causo un mal real é

infalible dándola golpe tan mortal. Si un tirano envia asesinos que maten á mi virtuoso amigo , ¿ estaré obligado á descubrirles que este amigo se halla refugiado en mi casa ? No por cierto : antes me haria culpable y criminal en descubrir la verdad á unos hombres perversos que no se horrorizan de ser ministros del enemigo de su patria. Solo debo decir la verdad si ella es útil ; y nunca lo es á los malvados.

A la prudencia , á la razon y á la justicia pertenece distinguir las verdades que es necesario decir , y las que es menester callar ó disimular ; las verdades realmente útiles , y las que son inútiles ó perjudiciales. Toda verdad que se dirige al bien de la sociedad , no puede ser llamada sin delito ; mas toda verdad que , sin aprovechar á la sociedad , puede ser dañosa á cualquiera de sus miembros , es una verdad perjudicial.

La verdad en la conducta se llama *rectitud* , *buena fe* , *franqueza* , *sinceridad* , *candor* , *fidelidad*. Todas estas cualidades son apetecibles y recomendables en la vida social ; el hombre recto é ingenuo puede estar seguro de la estimacion y de la confianza de todos sus semejantes. Los mas consumados embusteros desean hallar en los demas hombres las cualidades de que carecen ellos. Querer conocer á los hombres , es desear saber sus disposiciones verdaderas ; los que muestran candor é ingenuidad , ó que

tienen como suele decirse ; *el corazon en los labios* , son muy apreciables en el comercio de la vida. Por el contrario , tememos y nos rezelamos de todo hombre taciturno y reservado , porque ignoramos los medios de tratar con él ; y amamos tanto un caracter abierto y franco , que muchas veces , prendados de su franqueza , cerramos los ojos á sus defectos. La buena fe y la veracidad son tan raras en el mundo , porque desde la mas tierna infancia se le acostumbra al hombre á la mentira , á la disimulacion , y á la falsedad : así despues los vicios y las malas cualidades del corazon hacen forzosamente que los hombres no depongan la máscara que los encubre. Solo el hombre de bien no tiene porque temer el presentarse con su rostro descubierto. *Aquel* , dice el sabio , *que camina con rectitud* , *camina con confianza*.

CAPITULO XV.

De la Actividad.

LA virtud debe ser activa y laboriosa ; las virtudes puramente contemplativas son poco ó nada útiles á la sociedad cuando esta no experimenta sus efectos. Segun el dictámen y confesion de todos los moralistas la ociosidad y la pereza son cualidades despreciables , y que conducen infaliblemente al vicio ; el interes de la sociedad exige que cada uno de sus miembros

contribuya, segun sus fuerzas, á la conservacion y prosperidad del cuerpo. Por lo mismo parece que debieran haber formado una virtud de la *actividad*, de la ocupacion, del amor al trabajo, en el cual se halla solamente el medio mas justo y mas honesto de subsistir, ó á lo menos de evitar el tedio ó el hastío, tirano cruel de todos los ociosos.

Esto supuesto, nosotros definiremos la actividad, una disposicion habitual á contribuir con nuestro trabajo al bien de la sociedad. Séneca compara con mucha razon la sociedad á una bóveda que se mantiene por la compresion recíproca de las piedras que la componen (1). Cada cuerpo, cada clase de ciudadanos, cada familia, y cada individuo debe, segun sus medios, contribuir á la conservacion del todo, en el que, siguiendo la comparacion de Séneca, no debe haber ninguna piedra desunida ó desnivelada; el legislador es la clave que contiene á las otras cada una en su lugar. El soberano á todo debe estar atento: sus ministros deben coadyuvar sus designios; los magistrados deben ocuparse en la observancia de las leyes; los grandes y los poderosos deben sostener á los que poco pueden; los ricos deben socorrer á los pobres; el labrador debe ali-

(1) *Societas nostra lapidum fornicationi simillima est; quæ casura, nisi invicem obstarent; hoc ipso sustinetur.* Senec. Epist. 95. pag. 471. tom. 3. Edit. Varior. Cito la página, porque esta carta es muy larga.

mentar la sociedad; el sabio y el artista deben ilustrarla y facilitar sus trabajos; el soldado debe defender la sociedad que le mantiene, etc.

El hombre ocioso es en la sociedad un miembro inútil, y sin injusticia no puede aspirar á las ventajas de la vida social, á la estimacion, á los honores, y á las distinciones á que tiene derecho aquel que atento al bien de su país contribuye de algun modo á este bien. He aquí como los intereses particulares están estrecha y necesariamente unidos, y no se pueden separar del interes comun.

Estas sencillas reflexiones nos dan á conocer lo que debemos pensar de aquellos inconsiderados moralistas, que aconsejan á las criaturas racionales y sociables que se retiren á los bosques, que huyan de la sociedad, y que cuiden únicamente de sí mismos, sin tomar parte alguna en el interes general. Una moral mas sensata y racional obliga á todo ciudadano á contribuir, segun sus fuerzas, á la utilidad pública. Una sabia política debe llamar á todos los ciudadanos al servicio del Estado, y guiada por la justicia, no debería preferir ni conceder distinciones algunas sino á los que mas se aventajasen á los otros en actividad, en talentos, y en mérito personal.

En una sociedad justa y bien ordenada, no debe ser permitido á ninguno el separarse de los otros ó vivir sin ser útil; solo en una sociedad corrompida es en la que el hombre

de bien, á causa de las injusticias que sufre, se aparta y huye de ella á la soledad de su retiro. La nacion á quien la tiranía oprime, puede ser comparada á una bóveda que se arruina con el peso enorme de la clave que desune y desconcierta las piedras que la componen. En este ruinoso edificio no hay union ni trabazon alguna; unos cuerpos son enemigos de los otros; cada uno vive solo para sí; los ciudadanos se dividen y dispersan; falta el espíritu público; una profunda indiferencia se apodera de todos los corazones; y el sabio, obligado á envolverse tristemente en su manto filosófico, se ve reducido á gozar dentro del pequeño círculo de sus iguales de los consuelos que envano buscaria en los otros hombres.

La ambicion es una pasion laudable, noble y justa, cuando nace de la idea de la consideracion tributada á los servicios hechos por la patria; esta pasion es legitima, siempre que va acompañada del deseo y de la capacidad de hacer un gran número de hombres felices; pero es vituperable cuando no tiene mas objeto que el de ejercer un poder injusto; es vil y baja cuando usa de este poder en daño de los infelices y desgraciados, ó se aprovecha de las calamidades y ruina de la patria para su propio bien. La ociosidad, la inaccion, y el retiro llegan á ser deberes forzosos para el hombre justo, siempre que se ve imposibilitado de

obrar

obrar el bien la actividad solo es una virtud cuando contribuye á la utilidad general.

Si reflexionamos sobre estos principios hallaremos las causas de la mayor parte de los desórdenes que reinan en las sociedades. Por un efecto preciso de la injusticia de los políticos, que solamente se proponen sus viles intereses, la actividad de cuantos participan del poder tan solo se emplea en su interes personal; la virtud y los talentos, excluidos de los empleos, quedan sentenciados á consumirse en la inaccion. De este modo la sociedad se llena de malvados que únicamente son activos para hacer mal, ó de ociosos perpetuamente ocupados en ver como pueden distraerse del tedio y fastidio, ya por medio de fútiles entretenimientos, ya con los mas horribles y vergonzosos vicios. Asi la miel es devorada de estos zánganos perjudiciales, muy distantes de contribuir al bien de una sociedad, á quien no profesan ningun amor ni aficion.

Excitar los ciudadanos al trabajo, emplearlos segun sus talentos, sustraerlos de la ociosidad, y no permitir que sin hacer nada se aprovechen de los trabajos de la sociedad, tales debieran ser los continuos é infatigables desvelos de una sabia política. Todo hombre que trabaja es un ciudadano apreciable; mas el que vive en la inaccion es un miembro inútil y corrompido, á quien sus vicios no tardarán en hacerle

Tomo I.

I

molesto y perjudicial á sus asociados. Es necesario haber trabajado para poder gozar del reposo; un reposo continuo es de todos los estados el mas fatigoso y cansado para el hombre (1). La inaccion produce en el alma tantas enfermedades, como las que ocasiona en el cuerpo la falta de ejercicio (2).

CAPITULO XVI.

De la Dulzura de carácter. De la Indulgencia. De la Tolerancia. De la Complacencia. De la Urbanidad, ó de las dotes agradables en la vida social.

DE las virtudes sociales que acabamos de explicar, nacen ciertas cualidades que hacen amables á los que las poseen, y cuya falta llega á ser muchas veces muy perjudicial á la armonía social y á la suavidad de la vida. Estas cualidades son verdaderamente útiles á la sociedad, porque estrechan mas las relaciones de sus miembros; no son virtudes en un sentido rigoroso, pero se derivan de ellas; y

(1) Un poderoso decia un dia delante de uno de sus arrendadores, que le ocupaba un mortal fastidio, el arrendador le respondió: esto consiste, señor, en que siempre es Domingo para vuesamerced.

(2) « La inaccion, dice el autor de la obra ya citada, LES MOEURS, es una especie de letargo, tan pernicioso para el alma como para el cuerpo. » Part. 2. Cap. 2. art. 2 §. 1.

todas, como las virtudes, se fundan en la justicia, la cual nos advierte que debemos hacernos amables, si queremos adquirir el derecho de ser amados. Un ente verdaderamente sociable debe, por su propio interes, poseer ó adquirir cualidades capaces de conciliarle la aficion de los que con sus favorables sentimientos contribuyen á su felicidad. Todo hombre que se ama en realidad debe aspirar á que los otros participen de un afecto tan natural en él. El hombre mas vano y presuntuoso se aflige é incomoda, cuando se ve privado del aprecio y de las consideraciones de los mismos que al parecer desprecia.

La indulgencia y la afabilidad son cualidades necesarias en la vida social, porque nos hacen soportar los defectos y las debilidades de los otros; ellas se fundan en la equidad, que nos hace ver que, para obtener el perdón de los defectos y debilidades á que todos estamos sujetos, debemos perdonar y sufrir las flaquezas de nuestros prójimos. La indulgencia es fruto de una paciencia meditada, de un hábito continuo de vencernos, y de resistir á la cólera, que nos subleva contra las personas y los objetos que nos ofenden. Esta cualidad dimana claramente de la humanidad; virtud que, como hemos visto, nos hace amar á los hombres tales como son. La compasion hace que lloremos y nos compadezcamos aun de los mismos malvados, porque vemos en ellos dolorosamente

las primeras víctimas de sus delinquentes locuras.

La afabilidad y la indulgencia verdadera, son frutos raros de la reflexion, de la esperiencia y de la razon: en los hombres vivos y sensibles son el mas grande esfuerzo de la razon humana. Estas disposiciones solamente son naturales en un pequeño número de almas fuertes y sensibles á un tiempo mismo, en quienes la naturaleza cuida de atemperar y moderar las pasiones. Las imaginaciones vivas y los naturales impetuosos encuentran en su temperamento obstáculos invencibles á la indulgencia. La dulzura ejerce tal poderío sobre los corazones de los hombres, que los mas coléricos la rinden homenajes y deponen las armas en su obsequio.

Cuanto mas ilustrado es el hombre, mas necesidad tiene de usar de indulgencia (1). Ninguno es menos indulgente que los ignorantes y los necios. El hombre grande es demasiado fuerte para que le ofendan pequenezes indignas ni aun de llamar su atencion; y apenas advierte las ridiculeces ó defectos solamente no-

(1) La indulgencia, dice un filósofo célebre, es una justicia que la débil humanidad con razon exige de la sabiduria. Mas ninguna cosa nos hace mas indulgentes, mas superiores á todo odio y aversion, y mas dóciles á los principios de una moral humana y suave, que el conocimiento del corazon humano: así que, los hombres mas ilustrados han sido casi siempre los mas indulgentes. *L'Esprit*, Disc. 1. Cap. 4. pág. 35. edit. su 4.

tables á la malignidad del vulgo. Los ignorantes carecen de indulgencia, porque jamas han reflexionado en la fragilidad humana; los necios tampoco la conocen, porque las necesidades de los otros, y principalmente de las personas de talento, llegan á degradar á estos, y los aproximan á los necios. Es necesario haber nacido sensible y afable, tener humanidad, y haberse habituado á la moderacion, á la templanza y á la equidad, para poseer ó adquirir esta indulgencia tan necesaria y tan rara en la vida social.

La indulgencia que tenemos con las opiniones y los errores de los hombres, se llama *Tolerancia*. Si consultamos la esperiencia, la equidad, la razon y la humanidad, couoceremos fácilmente que nada es mas necesario que esta cualidad ó disposicion; y que no hay una cosa mas tiránica á veces ni mas imprudente que el aborrecer y atormentar á nuestros semejantes porque no piensan como nosotros. Los hombres ¿son dueños por ventura de tener ó no tener las opiniones que les han sido inculcadas desde la infancia, y que se les han dado á conocer como esenciales á su felicidad? ¿Es acaso menos contrario á la razon el detestar á un hombre por sus errores, que por no haber nacido de unos mismos padres, por no haber recibido las mismas ideas, ó por no haber aprendido el mismo idioma que nosotros? Las opiniones verdaderas ó falsas son los hábitos que se contraen desde

la edad mas tierna, las cuales de tal modo llegan á identificarse con el que las ha recibido, que es imposible por lo comun el desarraigarlas despues (1). Tan injusto es aborrecer á uno porque padece engaño, como aborrecerle porque no tenga tan buena vista, tanta destreza, ó tanto talento como nosotros. Los errores de los hombres con relacion á los objetos que juzgan mas importantes á su bien, son siempre involuntarios; los hombres no son tercos y obstinados en sus ideas, sino porque contemplan peligroso cambiarlas por otras; intentar destruirlas, es querer que renuncien á su felicidad por solo complacernos. Todo hombre que, abusando de su poder, violencia á otro para hacerle adoptar sus propias opiniones, le confiere el derecho de usar con él de la misma violencia, cuando la superioridad de fuerzas esté de parte suya. El Mahometano que teniendo la fuerza de su parte, atormenta al Bracman, al Persa ó al Cristiano, los autoriza para que le atormenten á él cuando puedan.

En una palabra, nada es mas injusto, mas inhumano, mas estravagante, ni mas contra-

(1) Con razon dice Montaigne, « no hubo jamas en el mundo dos opiniones enteramente conformes, como ni dos pelos, ni dos granos. La cualidad mas universal es la diversidad. » *Essais*. Lib. 2. Cap. 37. á su conclusion.

El Doctor Swift observa muy bien que los hombres tienen por lo comun bastante religion para aborrecerse, mas muy raras veces la necesaria para amarse los unos á los otros.

rio al reposo de la sociedad que aborrecer y perseguir á sus semejantes por sus opiniones. Pero se nos dirá puede ser, ¿si estas opiniones son dañosas y perjudiciales, no será preciso refrenarlas? Las opiniones no son peligrosas y perjudiciales, sino cuando se quiere hacerlas adoptar á otro por fuerza; el crimen es del que primero emplea la violencia. El que pretende tiranizarnos, nos da derecho á resistirle, y nunca se quejará con justicia de que se usen las mismas armas contra él. Los injustos agresores pueden ser repelidos ó castigados muy justamente. Se nos dirá quizá que el que tiene opiniones verdaderas, tiene tambien derecho de usar de su fuerza para atraer á la verdad á los que ve descarriados; mas en materia de opiniones cada uno juzga por mas seguras las suyas; y si en virtud de esta presuncion uno se creyera autorizado para violentar ó perseguir á los otros, es claro y evidente que todos los pueblos de la tierra, pretendiendo cada uno conocer esclusivamente la verdad, se creerian tambien autorizados para esterminarse los unos á los otros por sus sistemas diferentes. De donde se infiere que nada hace á los hombres mas insociables que el defecto de indulgencia en materia de opiniones. Si alguno merece ser privado de los derechos de la humanidad, es ciertamente aquel que quisiera ver esterminados impía y cruelmente á cuantos no piensan como él.

Como el hombre debe, por su interes mismo, hacerse agradable en la sociedad, de aquí es que la *complacencia* honesta es mirada como una laudable cualidad. Podemos definirla, una disposicion habitual á conformarse á los deseos y gustos racionales y legítimos de los que viven con nosotros. Cualquiera que rehusa prestarse á los deseos y placeres legítimos de los otros, manifiesta su presuncion, anuncia un genio y caracter poco sociables, y pierde el derecho á la *complacencia* de sus asociados. La *complacencia* es uno de los vínculos mas suaves de la vida, porque supone una dulzura de caracter, una docilidad y una indulgencia que nos hacen amables. Mas esta virtuosa cualidad nunca jamas debe confundirse con una débil condescendencia para con los vicios, ni con una baja y servil adulacion, que fomenta las mas culpables disposiciones. Los límites de la *complacencia*, lo mismo que los de las demas cualidades sociales, están prescritos por la equidad, que nos prohíbe conformarnos á los gustos viciosos y perversos. La *complacencia* es culpable, cuando es dañosa ya sea á aquellos con quienes la usamos, ó á la sociedad; entonces es una bajeza digna del mayor desprecio.

La *complacencia* justa, humana y sociable es alma de la vida; estrecha mas y mas los vínculos de la union conyugal, conserva la amistad, y nos habitua á tener contentos á los que viven con nosotros. La *complacencia*,

contenida en sus justos límites, nos hace amados de todo el mundo; mas cuando es ilimitada, nos hace despreciables aun de aquellos mismos con quienes la usamos. Así que la *complacencia* debe fundarse en la bondad, en la filantropía, en un deseo de agradar por medios justos y permitidos; mas ella nos envilece luego que se propone un sórdido interes. La *complacencia* de un cortesano, de un gorrista, de un adúlador, demuestra solamente la bajeza de sus almas, haciéndolos despreciables aun de los mismos que reciben sus incienso. El verdadero amigo estima al que le ama, y nunca le exige cosas que le degraden; si le exigiera una débil *complacencia*, el amigo seria un verdadero tirano.

Los sencillos y sólidos fundamentos de todas las cualidades sociales de que acabamos de hablar, son la bondad y la dulzura de caracter, don precioso de la naturaleza que difícilmente se encuentra en las almas impetuosas, en los espíritus altivos, y en las personas sin educacion y trato del mundo. El hombre vulgar no sabe ni aprendió nunca á vencerse á sí mismo. Sin embargo la moral ofrece á los que la consultan un poderoso auxilio para combatir los impulsos del orgullo y de un temperamento demasiado irritable, enseñándonos á ser equitativos, y convenciéndonos con reiteradas experiencias de que los que carecen de afabilidad é indulgencia con los hombres, irritan y ar-

man á estos contra sí, y principalmente á las personas altivas y coléricas; en fin, nos hace ver que, por el contrario, la dulzura de caracter triunfa de la violencia, y consigue mejor sus fines que no la fuerza ó el artificio. Entrando en su interior, todo hombre racional logra dulcificar su caracter, y dar á su conducta el tono necesario para complacer á la sociedad. El ejemplo de los cortesanos nos prueba por sí mismo hasta que punto el caracter puede ser modificado. ¿No vemos en la corte á los hombres mas orgullosos, mas coléricos y mas vanos, sufrir con paciencia los mas crueles sonrojos, y oponer un respetuoso silencio á los mas ofensivos discursos de sus amos y señores?

El hombre sociable se observa, se reprime, y trabaja consigo mismo, cuando la naturaleza no le ha concedido las dotes necesarias para hacerse agradable. So pena de ser castigado con el aborrecimiento de cuantos le rodean, un hombre dotado de entendimiento y reflexion está obligado á reprimirse, á pesar sus acciones, á culparse cuando ha obrado mal, y á corregirse de sus defectos. Todo el que no reprime sus pasiones y su genio, necesariamente mortifica y ofende á los demas, y no puede gloriarse de merecer su cariño.

Hay ademas otras cualidades que contribuyen á que el hombre sea apreciado en el comercio de la vida; tal es principalmente la *urbanidad*

ó *buená crianza* que podemos definir, el hábito de mostrar á las personas con quienes vivimos los sentimientos y las consideraciones que se deben recíprocamente los que componen una sociedad; y tal es tambien el cuidado de conformarse á las reglas de la decencia. En fin, deben contarse en el número de las disposiciones ó cualidades agradables en el comercio de la vida, el ingenio, el buen humor, la alegría, los conocimientos tanto útiles como agradables, las ciencias, el buen gusto, los talentos, etc., de cuyas recomendables cualidades hablaremos en el discurso de esta obra (1).

En general, la vida social exige una atencion continua sobre nosotros mismos, un deseo de complacer á los otros, una timidez racional con que apartemos de nuestras palabras y de nuestras acciones todo lo que pueda ofender ó desagradar: sin esta laudable timidez, la sociedad se haria molesta y fastidiosa. Si la justicia prescribe á todo hombre que respete á su semejante, la humanidad le ordena que sufra y disimule sus flaquezas. Todo el que por su vanidad y altivez no hace por reprimir su caracter y moderar su mal humor, debe vivir solo, como incapaz del trato y comercio de los hombres.

El que quiere vivir agradablemente, no debe nunca perder de vista á sus asociados. Segun un

(1) Véase la Segunda Parte, Sección 2. Cap. 7.

moralista moderno muy sensato, toda la vida del hombre debe ser *una atencion continua sobre lo presente, una prevision de lo futuro, y un recuerdo de lo pasado* (1). Así que, como vamos á manifestar, el malvado es siempre un imprudente, un insensato, un atolondrado, que en su embriaguez ó en su locura trabaja él mismo en destruir la felicidad que piensa hallar practicando el mal. Ningun hombre puede decir que no necesita de otro; ninguno en sociedad puede hacerse feliz á costa y con perjuicio de todos los demas; de donde se infiere que, por la naturaleza misma de las cosas, ningun hombre tampoco puede dañar á sus semejantes sin dañarse á sí propio.

(1) V. *Leçons de la sagesse.*

SECCION TERCERA.

DEL MAL MORAL Ó DE LOS DELITOS, VICIOS,
Y DEFECTOS DE LOS HOMBRES.

CAPITULO PRIMERO.

*De los Delitos, de la Injusticia, del Homicidio,
del Hurto, de la Crueldad.*

EL examen que acabamos de hacer de las virtudes sociales, y de las cualidades apetecibles que se derivan de ellas ó que las acompañan, nos prueba claramente que solo practicándolas puede el hombre en sociedad obtener el afecto, la estimacion y la felicidad por la que incesantemente suspira. Unos intereses tan evidentes debieran ser motivos bastante poderosos para determinar á todo ente racional, bien sea á cultivar las felices disposiciones que ha recibido de la naturaleza, bien á procurar adquirirlas y hacerlas habituales á causa de las recompensas que acarrear, bien, en fin, á combatir, reprimir y aniquilar, si es posible, las inclinaciones desarregladas, las pasiones peligrosas, y los vicios y defectos que for-